

y Susi están algo nerviosos. Esperan no haberse equivocado. Antes de salir para Málaga han preguntado a la recepcionista si Sofía se iba hoy, y les ha dicho que sí, que esta misma mañana ha pedido la cuenta. Un hecho más a su favor. Ahora sólo falta demostrárselo a Romerales, que está de un malísimo humor porque no soporta viajar en avión y no ha tenido más remedio que coger uno, y porque, además, ha quedado claro que no tenía ni una sola pista del asunto del asesinato de Jesús Oneto.

Sobre las tres, Romerales, Pepe y Susi han entrado, con permiso de la policía, al interior de la zona reservada a los vuelos internacionales. A las tres y media se anuncia el embarque del vuelo 771 con destino a Ginebra. Pronto empieza a pasar gente por el control de pasaportes. En la cola está Sofía. Enseña su pasaporte. Mete su bolsa en el aparato de detección de metales pasa por la puerta y cuando recoge su bolsa oye a Romerales:

—Señorita, abra eso y también estas maletas que tenemos aquí y que creemos que son tuyas.

Sofía, asustada, las abre. Romerales empieza a sacar jerseys, faldas, vestidos, ropa interior,... Allí, en el fondo está lo que buscaba: millones de pesetas escondidos en las maletas. Sofía ve a Pepe Rey:

—¿Tú qué haces aquí? —le pregunta.

—Como en las novelas, Sofía, he descubierto a una de las culpables del asesinato de Jesús Oneto, un excelente periodista y uno de mis mejores amigos.

—Yo no tengo nada que ver con ese asesinato.

—Eso, señorita, se lo va a contar usted inmediatamente a la policía. Está detenida —dice, satisfecho, Romerales.